

El mono lanzaba entonces un grito espantoso, agarrábase al perro con increíble agilidad, le abofeteaba, le arañaba y le mordía hasta que, aturdido su agresor por los golpes, se escapaba aullando. El valor que demostraban nuestros cinocéfalos en aquellas circunstancias, hacía más ridículo el miedo que les inspiraba la vista de un reptil cualquiera. Un pequeño lagarto ó una inofensiva rana bastaban para desespararles; agitábanse furiosos, y saltaban sobre las paredes y las vigas á tanta altura como se lo permitía la extensión de la cuerda. Sin embargo, su curiosidad era tan grande, que no podían nunca resistir al deseo de mirar más de cerca á los animales que les causaban tanto terror. Yo les presenté con frecuencia serpientes venenosas en cajas de hoja de lata; los monos sabían por experiencia que en ellas se encerraban sus más grandes enemigos, y á pesar de esto, no resistían nunca á la tentación de abrirlas, gozándose, por decirlo así, en su propio temor. He observado que á todos los monos en general les producen los mismos efectos los reptiles.

Uno de mis cinocéfalos perdió la vida á consecuencia de un enojoso accidente: queriendo mi criado bañarle en el Nilo, arrojóle al agua desde el barco, mas por desgracia, tuvo el descuido de soltar el extremo de la cuerda, que era muy larga, y el mono se hundió sin hacer la menor tentativa para salvarse á nado.

Más tarde me llevé uno de aquellos cinocéfalos á mi casa de Alemania, y allí se hizo notable por su inteligencia, pero cometió una porción de fechorías. Nuestro perro, que durante muchos años había reinado en la casa como un verdadero tiranuelo, se había vuelto gruñon y arisco al envejecer, y le era insoportable la compañía de cualquier otro animal. Cuando estaba rabioso ó se le quería castigar, mordía á todo el mundo, y aun á su amo; pero encontró un adversario digno de él en mi mono Atila, que se complacía malignamente en atormentar al pobre perro. Cuando este dormía la siesta, echado tranquilamente sobre la yerba, el cinocéfalo se acercaba silenciosamente, asegurándose de que dormía, y cogiéndole por la cola, interrumpía su sueño bruscamente. Furioso el perro, precipitábase ladrando sobre su enemigo, que aparentaba provocarle, golpeando el suelo con una mano y esperando tranquilo; pero, á despecho suyo, el perro no le alcanzaba nunca. En el momento en que creía morder, saltaba el mono por encima de su cuerpo y le cogía de nuevo la cola, de modo que todos estos ultrajes acababan por enfurecer más y más al viejo perro, si bien su cólera era impotente, viéndose precisado á ceder el campo y largarse.

Atila era muy aficionado á todos los animales pequeños: Hassan, el cecopiteco de que ya he hablado en otro lugar, era su amigo favorito, mientras no se trataba de comer, pues el cinocéfalo creía muy natural que su compañero compartiese con él todo cuanto le dieran. Exigíale además una sumisión absoluta, abríale la boca y le vaciaba los buches cuando Hassan tenía la audacia de querer guardarse alguna cosa. Por lo demás el buen Atila no se contentaba con tener un solo protegido; su amor necesitaba una esfera más grande, á cuyo fin cogía todos los perros y gatitos que encontraba, llevándolos muchas veces consigo. Un día arañóle uno de estos últimos, y habiendo examinado cuidadosamente sus garras, le cortó las uñas con los dientes para que ya no pudiera hacerle daño.

Aquel cinocéfalo hembra prefería la sociedad de los hombres á la de las mujeres, á las cuales hacía toda clase de jargarretas. No se incomodaba contra los primeros sino cuando le hacían daño ó cuando creía que yo le excitaba contra ellos. En este punto, conducíase como un perro; bastaba decirle una palabra ó designarle una persona para que se precipitase inmediatamente sobre ella y la mordiese, á veces con mucha

fuerza. Recordaba durante algunas semanas las ofensas que le habían hecho, y no dejaba nunca de aprovechar la primera ocasión para vengarse.

Era muy inteligente; robaba con mucha agilidad; abría y cerraba las puertas; destapaba las cajas y cajones para sacar todo el contenido, y deshacía muy bien los nudos cuando tenía interés en ello. Muchas veces nos propusimos asustarla, poniendo delante un montoncito de pólvora, que inflamábamos después con yesca: el animal lanzaba un grito de espanto en el momento de prenderse aquella, saltando á toda la altura que se lo permitía la cuerda; pero no se dejó engañar mucho tiempo, pues tuvo bastante astucia para apagar con la mano la mecha encendida é impedir que se inflamase la pólvora, la cual se comía después, sin duda por gustarle el salitre que contiene esta preparación.

Durante el invierno permanecía comunmente en el establo con las cabras y comía toda clase de desperfectos; desencajaba las puertas de los goznes, dejaba escapar las cabras, arrancaba las tablas de madera que cubrían el establo y hacía otra porción de fechorías por el estilo. Gustábale mucho el salvado que se daba á comer á las cabras y peleaba con estas para quitárselo, manejándose para ello muy hábilmente; con una mano cogía la cubeta, y con la otra rechazaba al animal por los cuernos ó tiraba de su cuerda, de modo que podía comer sin temor á sus ataques. Si alguna cabra le daba una ó más cornadas, gritaba extraordinariamente y saltaba acto continuo al cuello de su enemiga para castigarla. Comía de todo, pero gustábale en particular las patatas, que formaban su principal alimento. Las especias constituían su delicia, y al contrario de otros muchos animales, gustábale también el humo del tabaco, tanto que abría la boca para aspirar lo más posible cuando le echaban bocanadas á la cara. He observado lo mismo en otros monos, y creo que son los únicos animales que gustan del humo de esta planta.

El afecto que me profesaba aquel mono no tenía límites; por mucho que le castigara ó fastidiase, no disminuía su cariño, y al parecer creíame siempre inocente de los castigos que sufría. Cuando me veía obligado á corregirle, no se enojaba nunca contra mí, sino que desahogaba su cólera en las demás personas presentes, sin duda por creer que ellas habían aconsejado el castigo. Me prefería siempre á todos sus demás amigos, y apenas me acercaba yo incomodábase con aquellos á quienes acababa de acariciar.

Si la dirigían palabras bondadosas, poníase muy contenta, pero enfurecíase cuando se reían delante de ella, y sobre todo cuando se burlaban. Contestaba al momento si la llamaban; colocábase á mi lado, si tal era mi voluntad, y podía dar con ella largos paseos sin llevarla atada; entonces describía á mi alrededor grandes círculos, yendo y viniendo como un perro, y siempre seguida de Hassan.

La muerte de este último fué para Atila una verdadera desgracia: exhalaba de vez en cuando durante la noche un agudo grito; otras veces dormía muchas horas sin despertar, y como temíamos que muriese, se la vendimos al propietario de una colección de fieras ambulante, en la que trabó nuevos conocimientos.

El babuino es muy comun en el Sudan; desde allí lo llevan, siguiendo el Nilo, al Egipto y después á Europa; creo que de otros puntos debe ser importado también, pues que los vemos en gran número en nuestros climas. Los juglares del Egipto se sirven de él, lo mismo que del hamadrias, del que hablaremos más tarde. En Europa se le ve siempre en las casas de monos, en los jardines zoológicos, en las jaulas y en las colecciones zoológicas ambulantes; también le encontramos regularmente en los teatros de monos, porque su cola delgada se oculta fácilmente debajo del vestido, y por-

que su astucia y docilidad le hacen muy apto para ser enseñado. Cuán fácilmente aprende, lo hemos visto en la narración anterior, su buena memoria y su voluntad de trabajar se muestran en todas las representaciones de escenas monescas. Es uno de los más grandes artistas de estas últimas.

EL CINOCÉFALO HAMADRIAS—CYNOCEPHALUS HAMADRYAS

Este cinocéfalo, llamado también babuino tartarino (*Cynocephalus Toth*, *Simia*, *Cercopithecus*, *Papio hamadryas*, *Hamadryas chæropithecus*, etc.), representa quizás por su astucia y por sus cualidades ariscas un gran papel en la historia primitiva de la humanidad.

No sabré decir por qué ha tenido el honor de llevar el nombre de una ninfa griega, pues seguramente que ni su forma ni su carácter tienen nada de afeminado. Pero no son los pueblos de la antigüedad los que le han dado este nombre: los egipcios, que le adoraban, llamábanle *Thoth* y *Och*; la Biblia habla de él denominándole *Koph*: Herodoto, Plutarco y Plinio le designan con el nombre de *Cynocephalus*; Strabon le llama *Cebus*; Juvenal, *Cercopithecus*; Agatárquides, *Esfinge*; los abisinios modernos, *Hebe*; los árabes, *Robah*, y los egipcios, *Khird*.

De todos estos nombres ninguno recuerda ninfa alguna, á menos que se quiera dar este sentido á la palabra *Esfinge*.

Sobre la veneración de que gozaba el hamadrias en el antiguo Egipto, Dumichen nos ha dado las noticias que hemos relatado ya. Todavía existen hoy vestigios de esta veneración; pues todos los habitantes de los países llanos del Africa central y gran parte de los abisinios, llevan el pelo peinado de la misma manera que el hamadrias; este último ha servido de modelo por consiguiente á estos pueblos, si bien se habrán fijado más en las imágenes del animal que en este mismo. Pero ya no se venera á dicho mono en estos países. Su malignidad es demasiado grande para que hubiera podido conservar la amistad del hombre.

Próspero Alpino, que visitó aquel país en 1580, asegura que ya no existen allí monos y que los llevan de Arabia. Véase lo que dice: «Tienen tanta disposición que no se les puede negar la inteligencia; los juglares les enseñan cuanto quieren, y hasta juegos muy divertidos que recrean á los espectadores. En Alejandría, en el Cairo y otras ciudades se ven con frecuencia monos adiestrados; los machos molestan continuamente á los habitantes con su importunidad, y es difícil formarse una idea de su descarro. Los que parecen perros grandes acometen á las mujeres árabes en los campos, por cuya razón se embadurnan estas con azafran la cara y el cuerpo, librándose por este medio de los ataques de los monos, que imaginan que aquellas mujeres no tienen el cuerpo sano.»

Por lo que hace á este último hecho, Próspero Alpino incurre en falsas inducciones, porque todavía en nuestra época se frotan á menudo la cara con azafran las mujeres de los pueblos nómadas de dichos países; pero no por temor á los monos, sino por la misma razón que induce á nuestras damas á darse colorete.

Alvarez, que estaba en Abisinia hácia la misma época en que Próspero Alpino se hallaba en Africa, y que ha visto numerosas bandadas de cinocéfalos hamadrias, nos ha dejado acerca de sus costumbres algunas observaciones en las que se habla particularmente de este último hecho. Véase lo que dice: «No dejan ni una sola piedra en su sitio: cuando entre dos ó tres no pueden mover una muy grande, se reúnen en mayor número para desencajarla y buscar su alimento debajo. Son muy aficionados á las hormigas, y las cogen por-

niendo la mano sobre los hormigueros hasta que se halla cubierta por los insectos, en cuyo momento se la llevan rápidamente á la boca y la lamen hasta dejarla limpia. Cuando no se les da caza devastan los campos y jardines: antes de penetrar en una plantación destacan sus batidores, y apenas dan estos la señal, toda la falange, si es permitido decirlo así, penetra en el jardín ó en el campo y destroza cuanto encuentra. Al principio van con mucha tranquilidad y silenciosos, y si un joven imprudente hace ruido, recibe en el acto un bofetón; mas apenas desaparece el temor, toda la bandada lanza gritos de alegría por el buen éxito de su empresa. Estos monos se multiplicarían hasta lo infinito si á pesar de la enérgica defensa de los machos viejos, no devorase el leopardo un gran número de pequeños.»

Ehrenberg es el primer naturalista moderno que ha hecho una descripción completa de esta especie, cuyos individuos encontró aislados ó reunidos en bandadas numerosas en la Arabia y las costas de Abisinia; Rodatz y Bayssiere hablan también de ella.

En cuanto á mí, sé decir que no encontré en ninguna parte este cinocéfalo en libertad durante mi primer viaje al Africa, al paso que le ví con frecuencia en la excursion, por desgracia demasiado rápida, que hice por Abisinia en la primavera de 1862, de modo que puedo hablar según mis propias observaciones.

CARACTERES.—Cada pelo del hamadrias está anillado de gris verdoso y amarillo, lo cual da al pelaje un aspecto difícil de describir, ofreciendo no obstante mucha analogía con las yerbas secas. En los lados de la cabeza y en los miembros posteriores es algo más claro, y muchas veces de un gris ceniciento; las nalgas son de un rojo vivo, y la parte desnuda de la mejilla, de un color sucio de carne. Cuanto más avanzada es la edad de los machos, más claro es el color de su crin; pero creo que hay realmente dos especies de hamadrias, una pequeña de crin gris cenicienta, que habita en Asia, y la especie africana, que es mucho mayor, y cuya crin tiene un color gris verdoso, aun en la edad madura.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA Y RESIDENCIA.—El hamadrias habita en todas las montañas de los países de Abisinia y de la Nubia meridional. Por la parte del norte, la especie sigue la región de las lluvias, donde es muy numerosa; las montañas más ricas en plantas son siempre las que prefieren, y para una colonia de hamadrias es condición esencial la proximidad al agua.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Algunas bandadas bajan á veces desde las altas montañas á las colinas de Samchara y del desierto que se prolonga por la costa, pero la mayoría permanece en aquellas. Cada tribu habita un pequeño distrito de milla y media á dos de diámetro: rara vez se encuentran estos monos reunidos en corto número, y lo más frecuente es hallarlos en bandadas considerables. Solo en una ocasión ví un grupo de quince á veinte individuos; todos los demás que yo descubrí constaban al menos de ciento cincuenta. Entre ellos hay siempre de doce á quince machos en todo su vigor, verdaderos monstruos de gran corpulencia, provistos de dientes mucho más fuertes y largos que los del leopardo. Las hembras son dos veces más numerosas que los machos, y todo el resto de la bandada se compone de monos jóvenes de edades diferentes.

La longitud del macho adulto es de 0^m,90 á 1 metro, deduciendo 0^m,20 á 0^m,25 que mide la cola; la altura hasta la cruz es de 0^m,50.

En las primeras horas de la mañana, ó cuando llueve, se encuentra toda la tribu en su campamento, ocupando cavidades más ó menos grandes practicadas á pico en las rocas ó sobre las que se hallan cubiertas; todos los individuos se

estrechan lo mas posible unos contra otros, apoyándose los pequeños y mas débiles en el cuerpo de la madre, y algunas veces en el del padre. Cuando hace buen tiempo, la bandada abandona aquellos lugares por la mañana temprano, avanza lentamente á lo largo de la pared de rocas, arrancando de vez en cuando alguna planta cuya raíz parece servirle de alimento, y vuelve todas las piedras que le es posible mover, á fin de atrapar los insectos, limazas y gusanos que allí se ocultan y con que se regalan. Terminado el almuerzo suben todos á la cima de la montaña; los machos se sientan sobre grandes piedras y permanecen graves y tranquilos, dejando colgar su larga cola y vueltos de espaldas al viento, y las hembras vigilan á sus pequeños, que juegan y pelean continuamente entre sí. A la caída de la tarde, toda la bandada se dirige á la corriente mas próxima para apagar la sed; despues busca de nuevo su alimento y se acomoda para pasar la noche en un sitio conveniente. Si descubre un buen abrigo, bien puede asegurarse que volverá todas las tardes, á menos que se la haya molestado con frecuencia. Los campos de trigo que se hallan en las cercanías del punto donde se fijan dichos monos, corren grave peligro, y deben guardarse muy bien si se quiere recoger el fruto, pues de lo contrario, los audaces ladrones van diariamente, desperdician mas de lo que comen y acaban por destruir completamente la cosecha.

No cabe duda alguna que los monos de esta clase verifican expediciones mas ó menos largas, con el objeto de cambiar de territorio; así me lo han asegurado los habitantes de esas regiones, añadiendo que eran poco aficionados á permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Al igual de todos los individuos de esta familia, los hamadrias no tienen, como otros animales, estacion fija para la procreacion.

De las observaciones efectuadas en los hamadrias cautivos, he podido notar que el parto puede verificarse en cualquier mes y época del año.

Mi permanencia donde habitan estos monos ha sido demasiado corta para poder dar noticias exactas acerca de su reproduccion.

Una de las diferentes hembras que he cuidado, parió, con sorpresa mia, en el mes de octubre, un pequeñuelo muy bien formado. La última menstruacion habia tenido lugar cuatro meses y medio antes; pero no se puede considerar suficiente este período de preñez. El monito nació con los ojos cerrados, las uñas completamente desarrolladas y el pelo muy fino y de color negruzco por la parte superior, y gris por los lados; careciendo de él las partes inferiores. El color de la piel era de un rojo ladrillo.

La altura de este era de 0^m,38, la cola tenia 0^m,17 de largo. El del pié era de 0^m,055 y el de la mano 0^m,045.

Nació en una mañana muy fria, hallándose su madre en la misma jaula que contenia otros monos. Me pareció conveniente separarlos y así lo hice, colocando á la madre é hijo en otro sitio, desviados de los demás.

La madre colmaba de caricias á su hijo lamiendo de continuo todo su cuerpo y no separándose un instante de su lado. Si se acercaba á alguien, lanzaba un grito de terror, volviendo instantáneamente las espaldas al que se aproximaba. El cordón umbilical, que en los primeros momentos era bastante largo, cortóselo la madre con sus dientes muy cerca del ombligo sin hacerle por eso sangre. El pequeño parecia muy débil, se movia muy poco y gritaba con voz ahogada. Ya por la tarde pareció la madre comprender que su hijo moriria, pues lo habia puesto en el suelo de la jaula, se paseaba de arriba abajo, mirándolo con ojos en apariencia indiferentes; pero no toleraba que nadie se acercase, y si se le queria tocar, lo cogia en seguida, poniéndoselo al pecho. Por la noche estaba el hijuelo ya sin movimiento, y á la mañana

siguiente le hallamos muerto en el suelo de la jaula. La madre sufrió despues del parto un cambio radical, sin que yo pueda afirmar si esto fué á consecuencia del mismo parto, ó debido á otras causas. Padecia mucho, comia poco, pasaba el dia sentada en un mismo sitio, ó mas frecuentemente acostada; se ocultaba entre la paja, temblaba de frio; en fin, su aspecto inspiraba verdadera lástima; ya no hacia caso de otros monos y cuando mandé poner en su compañía dos macacas domesticadas las rechazó. Este estado cambió completamente apenas parió otra macaca á mediados de noviembre.

Pocos momentos despues, los guardianes vieron un mono pequeño en manos de la hembra del hamadrias, de modo que creyeron que esta habia parido por segunda vez, creencia que desvaneció muy pronto el mismo animal, pues se portó poco maternalmente; dejó al pequeño sobre la paja y durante largo rato no hizo ningun caso de él. Por eso se devolvió el animalito á su verdadera madre, aunque demasiado tarde, pues murió al otro dia. Este comportamiento de la hembra del hamadrias nos hizo creer que la causa de su enfermedad era el sentimiento de la pérdida de su hijo; si quitó á la otra macaca el pequeñuelo, fué para indemnizarse, pero no llenando este el vacío que la muerte de su verdadero hijo habia dejado en su pecho, le abandonó.

Lo que acabo de exponer está completamente de acuerdo con las observaciones que he hecho en otros monos, y tambien con la conducta que observan los hamadrias en estado libre con sus hijos, ú otros monos pequeños y abandonados de su especie. Las madres, las otras hembras sin hijos, y hasta los machos, demuestran á los monos de su especie la mayor ternura y los defienden cuando el caso lo requiere.

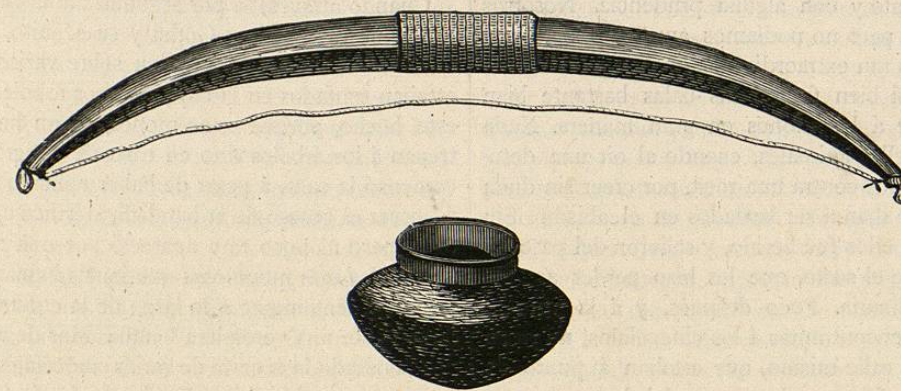
Quando los cinocéfalos están sentados en alguna parte, todos permanecen silenciosos hasta que divisan alguna cosa que les inquieta. La vista de una caravana ó de un ganado hace proferir á uno ú otro de los individuos algunos sonidos extraños, que pueden compararse con el ladrido de un perro, y que probablemente no tienen otro objeto sino el de llamar la atencion de los demás monos. Cuando se acerca el hombre ó un carnicero con intencion hostil, oyense los gritos mas diversos: el ruido que hace una tribu de cinocéfalos alarmada se asemeja bastante á los gruñidos de una numerosa manada de cerdos, y de vez en cuando lanzan gritos semejantes á los del leopardo ó á los mugidos del toro. Todos los monos aullan, gruñen, ladran y gritan á cual mas; los machos fuertes se alinean al borde de la roca y miran atentamente al valle para formarse una idea del peligro; los jóvenes se refugian al lado de los viejos; los pequeños se esconden debajo del pecho de su madre ó trepan á su espalda; toda la bandada se pone en movimiento y se aleja corriendo y saltando con las cuatro patas.

CAZA Y COMBATES.—El hamadrias no teme á los indígenas; pasa sin inquietarse al lado de los negros y bebe en el mismo arroyo que ellos; pero un blanco le da mas que pensar, si bien no puede asegurarse que huya de él. Estos cinocéfalos, así como otros muchos monos vecinos suyos, poseen en el mas alto grado la seguridad necesaria para librarse del peligro, por inminente que sea.

No sucede lo mismo cuando la manada divisa una trailla de perros ó un leopardo; los machos viejos lanzan entonces gritos y gruñidos furiosos, golpean con una mano la roca, ó rechinan los dientes y dirigen terribles miradas de cólera á sus importunos enemigos, contra los cuales se preparan á lanzarse todos á la vez.

La primera bandada que yo tuve ocasion de ver, se habia entregado al descanso despues de su excursion matinal, sentándose en la arista de una roca, bastante escarpada por ambos lados. Yo habia visto ya desde léjos las elevadas for-

mas de los machos, pero se me figuró que eran grandes piedras esparcidas en la cima de la montaña, con tanta mas razon, cuanto que su semejanza con las piedras es grande cuando se hallan en reposo. Un grito repetido varias veces, que puede compararse con la palabra *kuk* pronunciada con fuerza, me hizo conocer mi error: todas las cabezas se volvieron inmediatamente hácia nosotros; pero los monos jóvenes seguian jugando sin inquietarse, y algunas hembras se entregaban á su ocupacion favorita, que consiste en espulgar activamente á algun viejo sultan. Toda la bandada hubiera



Figs. 63 y 64.—ARCO DE LOS INDIGENAS (1) Y VASIJA PARA LA PREPARACION DEL CURARE

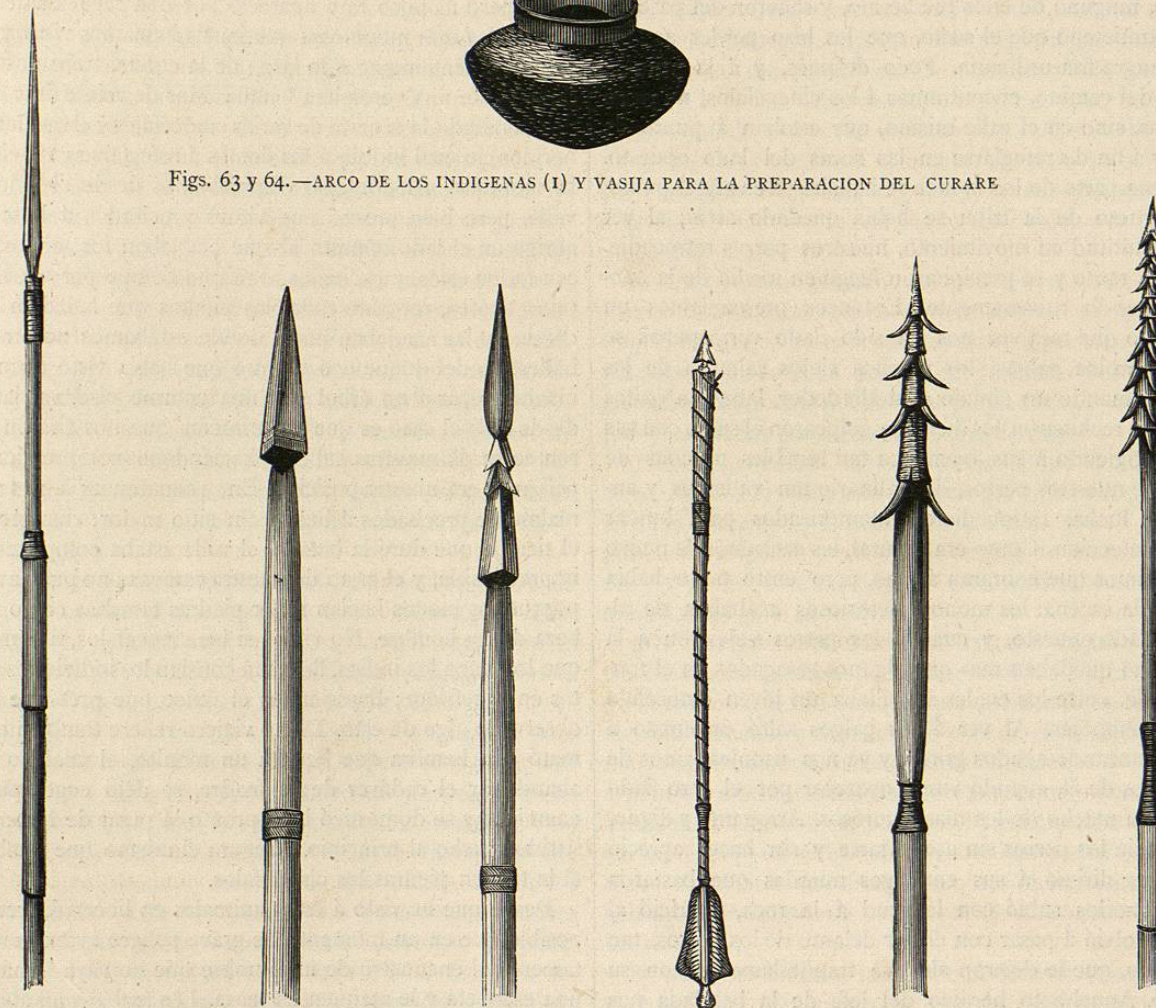


Fig. 65.—FLECHA DE DARTO MOVIBLE (2) Fig. 66.—FLECHA ESTRIADA Fig. 67.—FLECHA ACANALADA Fig. 68.—FLECHA ACANALADA Fig. 69.—FLECHA DE ESPINAS Fig. 70.—FLECHA DE ESPINAS (3)

continuado observándonos sin inquietarse, á no haber tenido á nuestro lado dos valientes perros, magníficos galgos acostumbrados á perseguir las hienas y que habian dado pruebas de su valor en la caza del lobo. Inmediatamente contestaron con sus lamentos á los gritos de los monos, que se pusieron pronto en movimiento: parecia que trataban de buscar un sitio mas seguro, y en efecto, siguiendo la cima de la montaña hasta las últimas rocas, desaparecieron á poco de nuestra

(1) Es copia de un ejemplar remitido por el almirante Dupetit-Thouars.

(2) Copia de una flecha procedente de la América del Sur, regalada á Mr. Bernard por el Dr. Ponget.

(3) Copias del natural sacadas de una coleccion de flechas envenenadas que remitió el almirante Mr. Dupetit-Thouars.

vista. Con gran sorpresa, los divisamos de nuevo al penetrar en el valle, pero esta vez estaban pegados, por decirlo así, contra unas rocas cortadas á pico, sin que pueda yo explicarme aun el cómo. La ocasion era demasiado propicia para no aprovecharla, y no era cosa de dejar tranquilos á nuestros enemigos, sobre todo en aquel momento, en que nos excitaba en alto grado la pasion de la caza. No experimentábamos tampoco ese sentimiento de compasion que se apodera de algunos cuando van á disparar su arma contra un mono pequeño; no teniamos delante caricaturas humanas, sino animales feroces, y por lo tanto, no eran dignos de consideracion alguna, mucho menos siendo nuestro único objeto dispersarlos. El primer tiro produjo un efecto indescriptible: oyéronse gritos, aullidos y gruñidos terribles; toda la linea se puso en